

### Capítulo XIII.

Sitio y defensa del fuerte de Santo Tomás.

Alonso Velez de Guzman no habia engañado á Colon, ni á los demás habitantes de la colonia, cuando les dijo que los indios, impulsados por Caonabo, se preparaban á combatir con ellos, resueltos á exterminarlos.

Dominando el ímpetu del cacique supremo de Maguana y de las minas del Cibao por consejo de los otros caciques, y especialmente de sus butios, acordó con ellos no romper las hostilidades hasta saber á punto fijo el número de los enemigos contra quienes iba á combatir, el sistema que tenian de pelear y los datos más importantes para utilizar sus fuerzas y conseguir el triunfo por completo.

En actitud de expectativa vieron, no sin inmensa

pena, la construccion del fuerte de Santo Tomás, en el centro mismo de los dominios de Caonabo.

Cuando se disponian á convertir en escombros aquel fuerte, como habian hecho con la fortaleza de la Navidad, se presentó Jeda al mando del ejército, cuya direccion debia confiar á Margarite.

No podia imaginarse Caonabo que los españoles hubieran llevado tan crecido número de hombres armados, y mucho ménos ver los ginetes en aquellos monstruos, que tanto pavor les infundian.

Para no malograr su empresa tuvieron que aguardar, y aunque el ejército al mando de Pedro Margarite invadió la Vega y se separó del fuerte, en el que quedó Ojeda con unos veinticinco hombres, temerosos de que no podria acudir á reforzarlos, aguardaron hasta el momento en que, por efecto de la desercion del capitan en jefe, se batieron los soldados en pequeñas bandas, comenzaron el exterminio, aprovechando todas las ocasiones en que podian acorralarlos y caer sobre ellos como fiaras.

Divididas y quebrantadas estas fuerzas, creyó Caonabo que habia llegado el momento de atacar á la fortaleza de Santo Tomás.

Por medio de sus espías se enteró de que no habia en ella más que cincuenta hombres.

Efectuando un movimiento indirecto y rápido podia sorprenderlos, caer como una nube sobre los españoles y asesinarlos, como habia asesinado á los que de igual manera habia sorprendido en el fuerte de la Navidad.

Caonabo ignoraba que el capitán que mandaba aquel pequeño destacamento tenía elementos en sí propio para contrarrestar su empuje, bien recurriera á la maña ó emplease la fuerza.

En efecto, Alonso de Ojeda, á quien hemos visto desafiando el peligro en sus escaramuzas contra los moros, á quien por distraer á los reyes hemos encontrado ejecutando arriesgados ejercicios sobre la torre de la Giralda de Sevilla, tenía además del valor personal algo de fanatismo, que le hacía desafiar el peligro en todas las ocasiones con un denuedo incomprendible.

Llevaba siempre consigo, considerándola como un talisman, una estampa de la Virgen María.

Todos los días rezaba ante ella, no emprendía un solo acto sin encomendarse á su piedad, y confiado en que le protegería, se lanzaba á los peligros con tal denuedo, que solo su vista infundía pavor á los que le esperaban para luchar con él.

Tanta era su devoción hácia la imagen, que cuando juraba por ella no consentía que dudasen de su palabra, y en más de una ocasión había cruzado su acero con el de sus mismos compatriotas por no haber dado crédito á sus juramentos.

Esta especie de superstición por una parte, y por otra el gran conocimiento que tenía de la táctica de los salvajes, y su experiencia por haber asistido á toda clase de encuentros militares, le daba una gran superioridad sobre sus adversarios, y hacía que los que militaban á sus órdenes, estimulados por su

ejemplo, se convirtieran en otros tantos héroes.

Poco, pues, importaba á Alonso de Ojeda el crecido número de fuerzas que pudieran oponerle los caciques indios.

Estaba seguro de que saliendo á su encuentro con el puñado de valientes que tenía á sus órdenes rompería sus filas al primer empuje, sembraría la desolación y el espanto entre las masas, y vencería, uniendo á este ascendiente moral la fuerza física de sus soldados y el temple de sus armas.

Pero como Caonabo ignoraba estas circunstancias, como sólo veía cincuenta hombres en su fortaleza, y tenía ya á sus órdenes millares de indios perfectamente armados y dispuestos á librar á su patria del yugo de los extranjeros, se aprestaron á dar la batalla, pensando que aquel fácil triunfo le permitiría llegar hasta la colonia, destruir á su paso á los soldados dispersos de Colón, y caer sobre la ciudad recién erigida, que se convertiría para ellos en un cementerio espantoso.

Hizo, pues, un reconocimiento al frente de diez mil guerreros, armados todos con flechas, arcos y lanzas templadas al fuego.

Dando un punto de cita á los suyos para sorprender al enemigo, dividió su ejército en muchas fracciones, y abriéndose camino por los bosques, llegó á los alrededores de la fortaleza, prometiéndose encontrar á los soldados entregados al sueño.

Un destacamento de indios que se acercó al fuerte le llevó la desconsoladora noticia de que todos

los soldados, prevenidos y formados, parecían aguardarles.

Como la fortaleza estaba construida sobre una roca aislada, y tenía un ancho río á sus piés que la defendía á manera de foso, aunque los indios se acercasen á la orilla del río, no llegarían sus flechas á los soldados.

Estos, en cambio, podrían sembrar la muerte en las filas de sus enemigos con solo disparar sus arcabuces.

La irritación de Caonabo al ver que no había conseguido su objeto fué inmensa, y en un arranque de indignación propuso á los caciques que le acompañaban acometer todos á un tiempo á la torre, seguro de que, aunque perecieran la mitad de los indios, la otra mitad podría hacer pagar muy caro á los españoles las víctimas que hubieran hecho.

No fueron de esta opinión sus consejeros.

Pensaron que sitiándolos por hambre podrían más fácilmente rendirlos, y no sin gran trabajo consiguieron que Caonabo admitiese esta opinión.

Empezaba á amanecer, y el cacique de Maguana distribuyó convenientemente sus tropas en los alrededores de la fortaleza, para que no pudieran recibir los soldados provisiones de ningún género.

Ojeda comprendió la intención de los indios, y defendido como estaba por el río, reunió todas sus fuerzas en el lado que le unía á la tierra, y desde allí, aprovechando todas las ocasiones favorables, hizo salidas, en las cuales el fuego de sus arcabuces y los

proyectiles que arrojaban las lombardas desde la torre diezaban á los enemigos, obligándoles á retirarse.

Pero con esto no conseguían nada.

Los paseos de exploración que hacía á menudo le convencían de que estaba perfectamente sitiado, los víveres escaseaban y la desesperación empezaba á apoderarse de su ánimo.

—Va á ser preciso,—dijo á sus soldados,—que abandonemos la fortaleza; pero si tal sucede, al abrirnos paso por entre sus filas es necesario que paguen caro el lazo que nos han tendido.

Como en veinte días no habían podido pedir auxilio á la colonia ni al ejército de Margarite, sus provisiones se habían acabado, y tenían que alimentarse con los frutos que hallaban en los árboles más próximos.

No podían encontrar siquiera el recurso de la caza, por que el continuo tiroteo que estaban obligados á sostener había alejado á las aves que antes vagaban por aquellos contornos.

Un indio joven á quien cogieron prisionero, queriendo obtener la piedad de Ojeda, le llevó dos palomas.

Ojeda estaba en la torre cuando el indio llegó con aquel presente.

Era un gran regalo en aquella ocasión, en que el hambre empezaba á hacer efecto en los sitiados.

—Con esto,—dijo Ojeda, cogiendo las palomas,—apenas hay para un hombre solo.

—Para vos,—para vos,—dijeron los soldados.

—De ningun modo,—contestó Ojeda;—soy igual á vosotros: no quiero participar de beneficios que no os alcancen. ¡Hágase la voluntad de Dios!

Y soltando las palomas las vieron volar, en tanto que admiraban aquel rasgo de su heróico caudillo.

El asedio crecía, y era necesario á toda costa concluir con él.

Dejando á diez soldados en la fortaleza, salió con los restantes, hizo una correría, y atacando vigorosamente los destacamentos de los indios, despues de disparar los arcabuces y ponerlos en fuga, corrian detrás de ellos, y á fuerza de mandobles y de lanzazos los tendian en tierra.

Desplegó tal valor y tuvo tanta suerte, que en ménos de ocho dias, saliendo ileso de las flechas y saetas que disparaban contra él los indios, tuvo Caonabo que abandonar el sitio, dejando en el campo á sus más intrépidos guerreros, que viéndose amenazados de la muerte que habian dado á sus hermanos los españoles, se dispersaban á centenares, refugiándose en los pliegues de las montañas.

Caonabo se retiró afligido, dispuesto á renovar la lucha cuando pudiera.

Pero en medio de su afliccion, las hazañas que le habia visto ejecutar á Alonso Ojeda le habian hecho sentir hácia este caudillo una inmensa admiracion.

Aquel sí que debia ser hijo del cielo, puesto que las flechas se rompian al chocar en su pecho, y no habia fuerzas humanas que pudieran dominarle.

Esta derrota, en vez de desanimar á Caonabo, le impulsó más y más á realizar su propósito.

Pero convencido de que necesitaba oponer una gran fuerza á los extranjeros, proyectando dejar el fuerte para lo último pensó en apoderarse de la Isabela, donde sabia que habia muy poca tropa y que la mayor parte de los habitantes estaban enfermos; acariciando la idea, despues de destruirla, de luchar brazo á brazo con Ojeda, lucha que deseaba con pasion, porque medir sus fuerzas con las de aquel hombre era, aun siendo vencido, una inmarcesible gloria que deseaba para él y para su raza.

Se retiró, pues, á sus dominios, y convocó de nuevo á los caciques soberanos y á los caciques de las tribus para manifestarles sus proyectos.